

### 3. LA NEUTRALIDAD

(Diciembre de 1941 a noviembre de 1942)

#### Pearl Harbor (7 de diciembre)

El domingo 7 de diciembre, aviones japoneses bombardearon, sin previa declaración de guerra, la base norteamericana de Pearl Harbor I en las islas Hawai. El Gobierno de los Estados Unidos se consideró en guerra con el Japón (8 de diciembre); cuatro días después —el 12—, extendía la beligerancia a Alemania e Italia.

El mismo 8, Norman Armour comunicó la guerra con el Japón al Gobierno argentino, y en nombre de la «solidaridad americana» pidió «una expresión en presencia de los hechos ocurridos». Ruiz Guiñazú contestó que sería «ajustada a los compromisos internacionales»: el 9 declara a los Estados Unidos *no beligerante* «por solidaridad americana». Castillo, en telegrama a Roosevelt, lamentó «la injustificable agresión», y en cable de Ruiz Guiñazú a Cordell Hull le transmite: «Los amistosos votos del Gobierno y el pueblo argentino» en la dolorosa emergencia. Cuatro días después —el 13— se extiende la *no beligerancia* a la guerra estadounidense con Alemania e Italia, pero a diferencia de los telegramas del 9 no abre juicio.

Justo se apresuró a declarar a la prensa «que la Argentina debería ponerse al lado de los Estados Unidos, y si las circunstancias lo requerían llegar al extremo de declarar la guerra» (8 de diciembre); *Acción Argentina*, la Cámara de Diputados, el Gobierno de Entre Ríos y personalidades del foro, las letras y la política telegrafiaron al presidente norteamericano su solidaridad.

La mayor parte de los diarios exigieron la participación bélica de la Argentina «en la causa de la libertad y la democracia». La prensa consideraba el 14 que los telegramas de Castillo y Ruiz Guiñazú eran «reflejo insuficiente de la hondura del sentimiento argentino de solidaridad».

Para el 14, la presión norteamericana, o el sincero convencimiento de defender la libertad y la democracia, o «la tropical incandescencia internacional» (que dice el chileno Galvarino Gallardo)<sup>1</sup>, había llevado a Cuba, Costa Rica, República Dominicana, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Panamá y Salvador a declarar la guerra al Eje; México, Colombia y Venezuela habían roto relaciones; quedaban sin pronunciarse, por el momento, Brasil, Perú, Bolivia, Chile, Paraguay, Uruguay y la Argentina.

<sup>1</sup> Cit. por C. Ibareuren, *La historia que he vivido...*, p. 490.

#### Estado de sitio (16 de diciembre)

El 16, «para poder mantener íntegra y eficazmente la posición adoptada frente al conflicto bélico», sin excluir en los considerandos «la defensa continental», en acuerdo de ministros se declaró el estado de sitio sin término en todo el país<sup>2</sup>.

Como no se sabía que era por un planteo militar, la medida llamó la atención. Los diarios —por orden del Gobierno— no debían comentarla.

Trascendió que los ministros Culaciati, Tonazzi y Amadeo Videla se habían manifestado, antes del acuerdo, opuestos al estado de sitio. Los periodistas preguntaron al presidente si la medida había sido tomada por unanimidad. «Sí —contestó socarronamente Castillo—; unanimidad de uno: del presidente, que es quien decide».

Se aplicó de inmediato. Acción Argentina había preparado un gran acto público, con la concurrencia de todos los partidos, de la CGT (entonces socialista), los centros estudiantiles influidos por los comunistas (belicistas desde la invasión en julio de la Unión Soviética por Alemania). Durante su transcurso, Norman Armour leería un mensaje de Roosevelt al pueblo argentino para agradecerle el apoyo recibido. No se lo permitió (ni a los diarios comentar la medida). Por consideración a Roosevelt, Castillo mandó a Culaciati a explicar a Armour «que la medida lleva el espíritu de mantener las cordiales relaciones existentes entre ambos países»; también «que si alguien deseaba mandar un mensaje radiotelefónico al presidente Roosevelt estaba facultado para hacerlo».

Dice Repetto que, «sin pérdida de tiempo» redactó y despachó un mensaje a Mr. Roosevelt, «más que una figura representativa de los Estados Unidos de la América del Norte, la expresión de todo un continente... que salvaba la libertad del mundo y enaltecía el continente»<sup>3</sup>.

La prensa norteamericana recalcó que el Gobierno argentino limitaba la solidaridad «a fruslerías»; sin indignarse como los demás del hemisferio.

Una caricatura de *Time* presentó al tío Sam defendiéndose del águila japonesa rodeado por sus «diecisiete muchachos» —las repúblicas latinoamericanas—, que mostraban filialmente sus puños al agresor. Uno solo —la Argentina—, alejado del grupo, miraba impasible.

Recalcaba el *New York Times* que el presidente argentino, «evidente partidario del Eje», se separaba de la opinión unánime de su país, como quedó demostrado por el voto de la Cámara de Diputados, que declaró «persona no grata» al embajador alemán. Von Thermann se apresuró a quitar este argumento —contra la opinión de Castillo y Ruiz Guiñazú— pidiendo el retiro a su Gobierno. La Embajada quedó dirigida por el encargado de Negocios, Von Meynen.

<sup>2</sup> Al sesionar el Congreso, la Cámara de Diputados (radical) votaría dos veces—el 1 de julio y el 29 de septiembre— (víspera de entrar en receso) el levantamiento del estado de sitio, sin conmovir ni al Ejecutivo ni al Senado.

<sup>3</sup> N. Repetto, *Mi paso por la política: de Yrigoyen a Perón*, p. 200.

## Conferencia de Río de Janeiro (15 de enero de 1942)

Hacía poco que Ruiz Guiñazú se había hecho cargo del Ministerio de Relaciones Exteriores cumplido el largo periplo que imponía la guerra para llegar desde el Vaticano a Buenos Aires.

«Al pasar por Estados Unidos, se entrevistó en Washington con Cordell Hull y Sumner Welles. Estos aclararon la imagen del canciller argentino que Armour les había transmitido de Buenos Aires.

Era, desde luego, «antitotalitario», pero no lo encontraron un convencido demócrata como su antecesor Cantilo, ni un «amigo leal» de los Estados Unidos como Leopoldo Melo. Por el contrario: a Welles le pareció «antinorteamericano acérrimo y fiel observante de la tradición hispánica»<sup>4</sup>.

Ruiz Guiñazú debió prepararse para la Conferencia de cancilleres citada para el 15 de enero en Río de Janeiro. Roosevelt, Hull y Welles descontaban que saldría de ella la solidaridad del

continente, ya que se había producido la agresión prevista en La Habana <sup>5</sup>. Nadie lo dudaba. Nueve repúblicas se habían adelantado, a declarar la guerra y tres roto relaciones.

Von Thermann (antes de presentar su carta de retiro) preguntó a Castillo si la Argentina, obligada por una decisión en Río de Janeiro entraría en guerra; el presidente le aseguró que no aceptaría «decisiones políticas obligatorias de la índole de una declaración de guerra o ruptura de relaciones... Cada país continuará siendo el dueño soberano de sus decisiones» <sup>6</sup>.

Antes de partir para Río de Janeiro, Ruiz Guiñazú aconsejó, el 23 de diciembre, en el secreto de una reunión de Gabinete, que la Argentina debía evitarse «cooperar más estrechamente con los Estados Unidos», y su función reducirse a «mantener la estricta neutralidad posible» <sup>7</sup>.

Alguien llevó la infidencia a Armour, que al día siguiente —24— se apresuró a elevarla a Cordell Hull <sup>8</sup>.

Por otra fuente también fue enterada la Embajada de lo que haría la Argentina. El 27, Ruiz Guiñazú estuvo demasiado explícito con el embajador brasileño; el Gobierno «no estaba en condiciones de declarar la guerra y ni siquiera de romper relaciones» <sup>9</sup>. El brasileño debió repetirlo a Armour, porque éste lo advirtió enseguida a Washington.

De allí que cuando Ruiz Guiñazú invitó a los delegados de Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay, que en escala a Río de Janeiro pasaban por Buenos Aires, Welles quedó convencido que «el buen vecino» (la ironía es de sus *memorias* <sup>10</sup> estaba formando un bloque para perturbar el propósito norteamericano <sup>11</sup>.

El 15 de enero (de 1942) quedó solemnemente abierta la Conferencia de Río de Janeiro. Sumner Welles preside la delegación norteamericana (Cordell Hull ha debido quedar en Washington por la iniciación de la guerra.)

Habla con tono enérgico: exige imperativamente el «cumplimiento de la solidaridad» votada en La Habana.

Ruiz Guiñazú se opone. Ha ido a Río de Janeiro a «hablar de paz, no de guerra»; «el pueblo argentino quiere la neutralidad», y el Gobierno argentino en «cumplimiento de obligaciones interamericanas» había ido más allá al declarar «no beligerante» a los Estados Unidos. Tanto más cuando en La Habana se convino la solidaridad por «la agresión a un país americano», y debería entenderse, lógicamente, que por un ataque en territorio americano; pero si el hecho pasaba en una colonia en Oceanía no podía invocarse la «solidaridad continental» <sup>12</sup>. Y aun en el caso de una agresión continental no podía ir más allá de una solidaridad amistosa. Pero decir que obligaba automáticamente a una guerra era crear la «supe soberanía» que la Argentina rechazaba <sup>13</sup>.

Por lo demás, las guerras, en el derecho público argentino, las declara su poder legislativo exclusivamente <sup>14</sup>.

Chile fue el único país que se arriesgó a plegarse a la posición argentina, con un excelente discurso de su delegado.

Dice Peterson que las palabras de Ruiz Guiñazú «cayeron como una bomba» en la Conferencia. Welles se vio ante el problema de cómo sacar adelante una «declaración conjunta» dada la decidida posición argentina, que Chile acompañaba. Al parecer, ya lo había previsto el habilísimo —y pronorteamericano canciller brasileño, Osvaldo Aranha, que extrajo una fórmula «que satisfaría a todos». Se aprobaba la declaración conjunta de romper relaciones, pero agregándole «siempre que los poderes constitucionales (de los países firmantes) estén de acuerdo», de esta manera los inconvenientes legales de los delegados argentino y chileno quedaban orillados.

Chile aceptó. Y Ruiz Guiñazú, acorralado, dio su conformidad.

Enterado Castillo de inmediato, lo instruyó telegráficamente que retirase la aprobación, y en caso necesario abandonase la conferencia. En Buenos Aires Castillo hizo llamar a Armour para informarle «oficialmente» que «la Argentina no aprobaría ninguna resolución que implicara ruptura con las potencias del Eje»<sup>15</sup>

Ruiz Guiñazú, con la conformidad del delegado chileno, modificó la cláusula: en vez de *ordenarse* simplemente se *recomendarla* la ruptura. Los Gobiernos (argentino y chileno) quedaban así libres de seguir o no seguir, ya que una recomendación no es una orden.

Welles vio desmoronarse su artesanía. Ceder a la «tozudez» argentina (el calificativo es de Cordell Hull, y lo repite Petersen) significaba el fracaso del panamericanismo como superestado; no ceder era ir a un cisma; pues la Argentina y Chile se separarían de la Unión Panamericana<sup>16</sup>. En este caso debería recurrirse a la coerción para que volvieran a ingresar (dice Hull en sus *memorias*).

El senador Tom Conelly no quería andar con consideraciones. Declaró en la prensa que «el señor Castillo va a cambiar de opinión o bien los argentinos cambiarán de presidente»<sup>17</sup>.

Sumner Welles, que había pasado parte de su vida diplomática en Buenos Aires, sabía perfectamente que ni Castillo cambiaría de opinión ni se lo podría cambiar porque defendiera la neutralidad. A lo menos de momento.

Como la modificación propuesta por la Argentina y Chile no era tolerable para Welles, se irían no más de la Conferencia, reduciéndose el panamericanismo a las repúblicas más dóciles. Ya se encontraría, con tiempo y recursos, la manera de reconducirlas al redil.

Tampoco pudo ser. Getulio Vargas hizo saber a Welles que «los jefes del Ejército brasileño se negaban a respaldar cualquier acción que no fuera igualmente aceptable para la Argentina». Dolorido, agrega Welles: «Probablemente ocurriría lo mismo con Bolivia, Paraguay, Perú y Ecuador»<sup>18</sup>.

Por tanto, no tuvo más remedio que ceder a la *tozudez* argentina. Ruiz Guiñazú negoció con Welles y Aranha una fórmula en donde la Argentina, sin desdoro del panamericanismo a la yanqui (estaba pendiente la compra de armamentos que gestionaban Sueyro y Lápez), pudiera firmar sin obligarse a romper relaciones o ir a la guerra. Después de tiras y aflojas, subidas de tono negativas y complacientes sonrisas positivas, los diplomáticos la consiguieron: el sagaz Castillo dejó mano libre a la delegación argentina para que aceptase «todas las buenas palabras» que quisiera, pero nada que implicara obligaciones coercitivas.

Se encontró la fórmula: «completa solidaridad y determinación de cooperar todos juntos para su protección recíproca... (Pero) siguiendo los procedimientos establecidos por sus propias leyes y dentro de la posición y circunstancia de cada país... *recomiendan* la ruptura de relaciones diplomáticas con el Japón, Alemania e Italia» (*subrayado mío*)<sup>19</sup>.

Se *recomendaba* romper las relaciones políticas (si «las autoridades constitucionales lo creían conveniente»), como también las económicas, financieras, intercomunicaciones postales, telegráficas y por radio; formar una junta interamericana de defensa y comisiones consultivas de emergencia. Pero sólo se *recomendaba*; Estados Unidos podría aparentar una unidad panamericana (atada con alfileres), con propósitos de política interna, y la Argentina y Chile seguir con sus gestiones para que les vendiesen armas.

El norteamericano Petersen, que no comparte, desde luego, el «independentismo» argentino, no puede menos que decir «que la Argentina... había perseverado firmemente en su política exterior de todo un siglo. Era libre para seguir su propio camino».

<sup>4</sup> H. F. Petersen, o.c., 472.

<sup>5</sup> Arrastrar a las repúblicas del hemisferio en sus problemas internacionales, era una posición constante de los Estados Unidos. También en 1917 sus embajadores lo pidieron, que en parte lograron. Yrigoyen se negó «muy amablemente, pero se negó», informó el embajador norteamericano.

<sup>6</sup> Tomada por Potash de los informes de la Embajada alemana obrantes en Washington.

<sup>7</sup> Petersen, o.c., p. 472.

<sup>8</sup> *Ibídem.*

<sup>9</sup> *Ibídem.*

<sup>10</sup> Cit. en *ibídem*, p. 472.

<sup>11</sup> «En esta hora crítica el Gobierno argentino no percibió los cambios trascendentales operados en la esfera mundial; por lo contrario, insistió en las argucias de su inveterada política de neutralidad. La guerra llegaba súbitamente a América, y era el momento propicio para demostrar la solidez de los vínculos que unían a todos los países del hemisferio, particularmente para nuestro país (*la Argentina*) la última ocasión de sumarse a una corriente que iba a triunfar y que si no lo dejaría rezagado. Pero la Argentina intentó suscitar bloques regionales en el hemisferio con un doble designio: llevarlos al separatismo y ejercer sobre ellos su liderazgo», opinan A. Conil Paz y G. Ferrari (*Política exterior argentina, 1930-1962*, p. 81).

Estos autores critican, desde el punto de vista *panamericana*, «las tentativas de dispersión" que Ruiz Guiñazú quiso hacer con los delegados de Bolivia, Chile, Perú y Paraguay al pedirles su apoyo a su paso por Buenos Aires. El 7 de enero, Ruiz Guiñazú habría expresado en un almuerzo propósitos «cismáticos» («hermandad de las repúblicas australes (...), guardar América para la paz(...), armonización regional en el orden económico de *los países vecinos*»), disgustando tanto el sentimiento de fraternidad hegemónica de los comensales que, según Conil Paz y Ferrari, no quisieron viajar con la delegación argentina. La cual, sintiéndose desairada «al fracasar sus intentos de arrastrar a las otras naciones vecinas», debió emprender solitaria su viaje en avión (*ibídem*).

No habrá sido tanto, porque Bolivia, Perú y Paraguay aceptaron en Río de Janeiro la posición argentina y Chile amenazó retirarse y acompañó a la Argentina hasta el último momento.

<sup>12</sup> Conil Paz y Ferrari, criticando el argumento argentino, entienden que «el sorpresivo ataque japonés a Pearl Harbor (...) configura una típica agresión continental», y dice que Ruiz Guiñazú incurre en contradicción con su telegrama del 9 de diciembre a Hull al hablar «de una agresión extra continental contra la soberanía de uno de los Estados americanos y violación de su territorio» (p. 87). Pero la agresión de Pearl Harbor era *extracontinentales* por ocurrir fuera de América, y aunque Hawai fuera colonia norteamericana (p. 87).

«Conil Paz y Ferrari, partidarios al parecer de la supersoberanía panamericana, critican que Castillo y Ruiz Guiñazú «tratan siempre que pueden de menospreciar la trascendencia de las reuniones de consulta de cancilleres americanos (...) (al) reducirlas a un simple cambio de ideas y opiniones, cuyos resultados serían siempre líricos desprovistos de toda fuerza».

<sup>14</sup> Los autores mencionados recalcan la *falacia* del presidente y ministro de Relaciones Exteriores, que «manifiestan en el exterior una buena voluntad limitada por las facultades del Congreso, mientras que en el plano interno se hacía siempre oídos sordos a los reclamos del Congreso (...). Cuando la Cámara de Diputados en septiembre de 1942 se adelantó a ratificar los instrumentos aprobados en la Conferencia de Río y a exigir la consiguiente ruptura de relaciones, ese puntilloso Poder ejecutivo le recordó secamente que sólo a él le incumbía el manejo de las Relaciones Exteriores y que los documentos de Río habían sido enviados al Congreso al solo efecto de informar» (pp. 88-89).

<sup>15</sup> Más serio me parece el argumento de estos autores, que la declaración de *no beligerancia* del 9 de septiembre, «significando una actitud beligerante respecto a las potencias opuestas», debió someterse previamente al Congreso.

<sup>15</sup> Petersen, p. 474; Potash, Conil Paz y Ferrari, etc., en las o.c.

<sup>16</sup> Conil Paz y Ferrari dicen que «algunos delegados pretendían que se suscribiera la versión original dejando que Chile y la Argentina siguieran un camino diferente» (p. 84).

<sup>17</sup> Potash, o.c., p. 188.

<sup>18</sup> *Ibídem.*

<sup>19</sup> «Al exacerbar un antiyanquismo, comprensible décadas atrás (...) la Argentina iniciaba un agrio enfriamiento con los Estados Unidos, es decir, con la potencia que ya aparecía como el principal vencedor de la guerra, por lo menos a los ojos de los observadores medianamente lúcidos, entre los que no se encontraba, desde luego, el equipo argentino» (Conil Paz y Ferrari, pp. 85-86).

## Coerción norteamericana

López y Sueyro recibieron una rotunda negativa en su gestión por compra de armas. Intervino Cordell Hull para que así se procediera. La *buena vecindad*, se les explicó a los argentinos, no quiere decir que los Estados Unidos fuesen buenos amigos de sus vecinos, sino que exige que éstos fuesen solidarios con los Estados Unidos <sup>20</sup>.

Bien explicó Sumner Welles (en Río) la negativa a Ruiz Guiñazú. «Únicamente rompiendo relaciones con el Eje y contribuyendo con su cuota a la defensa del hemisferio podía la Argentina calificarse para optar a las armas norteamericanas» <sup>21</sup>. Inútilmente arguyó Ruiz Guiñazú que «era una discriminación injustificada». Para Welles era «una discriminación provocada por la negativa

argentina a unirse a las repúblicas hermanas». La negativa a la venta de armas no parece haber sido para mantener inerte a la Argentina ante una agresión del Brasil u ocupación estadounidense de Comodoro Rivadavia con el pretexto de proteger el petróleo de un apoderamiento *nazi* (como llegó a decirse), sino para que las Fuerzas Armadas argentinas se indispusieran con Castillo. Hull y Armour, que demuestra en muchos de sus cables ignorar o no dar importancia al planteo de octubre de 1941, cree, el 10 de abril de 1942, que «en el plazo de seis meses la presión ejercida por las Fuerzas Armadas habrá modificado radicalmente la política aislacionista de Castillo»<sup>22</sup>. Cooperaba a este propósito *La Prensa* —hace notar Potash—, que destacaba la constante llegada de armas norteamericanas a Uruguay y Brasil, y la debilidad de abastecimientos argentina. Castillo se burlaba de los editoriales de *La Prensa* (y de las conjeturas de Armour si llegó a conocerlas) al decir a unos alarmados nacionalistas que le entregaron en septiembre el *plebiscito por la neutralidad*, que las Fuerzas Armadas estaban firmes, a pesar de no tener armas, y «rechazaremos a trompadas a los invasores si llegara el caso»<sup>23</sup>.

Las «recomendaciones» de Ríó eran «optativas» y se optó por no seguirlas. Hull exigió a lo largo de la presidencia de Castillo y en el Gobierno militar que Jo substituyó, el cumplimiento «de los compromisos internacionales» con el eco en la gran prensa.

Castillo debió ceder algo en febrero (de 1942), pues la Argentina desistió —a pedido norteamericano— de defender los intereses italianos en los países que habían roto relaciones con Roma.

Lo que más preocupaba a los Estados Unidos era el espionaje alemán. En parte, porque sus agentes informaban el movimiento de sus buques, y en parte, porque trataban al espionaje norteamericano e intervención en la vida económica y cultural argentina.

«Me resisto a creer —diría Welles el 8 de octubre en Boston—que estas dos repúblicas (Argentina y Chile) sigan permitiendo por mucho tiempo que sus hermanos y vecinos de América comprometidos en una lucha a muerte para preservar las libertades y la integridad del Nuevo Mundo, sean heridos por las espaldas por los emisarios del Eje que operan en el territorio de estas dos repúblicas»<sup>24</sup>.

<sup>20</sup> «El secretario Hull consiguió la cooperación de los Departamentos de Guerra y Marina para detener las peticiones de la misión militar argentina» (H. F. Petersen, o.c., p. 478).

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 477.

<sup>22</sup> Potash, o.c., p. 245.

<sup>23</sup> *Ibidem*.

<sup>24</sup> H. H. Petersen, o.c., p. 480.

## Repercusión interna de la neutralidad

Pese a las informaciones y opiniones de la prensa grande (escasamente trabada por el estado de sitio) y las tergiversaciones de quienes no comprendían una posición independiente, el *neutralismo* ganó la calle y mostró una vez más que había en el país una fuerte conciencia nacional. Como en 1917, los rupturistas de ahora fueron sorprendidos al encontrarse con tantos *germanófilos*.

Un índice fue la gran venta de *El Pampero*, a pesar de las trabas para su impresión y distribución de las «listas negras» (contra las cuales nada hizo el Gobierno de Castillo), y las constantes suspensiones del ministro Culaciati<sup>25</sup>. Otro fue el acto de la Alianza Nacionalista del primero de mayo (había cambiado su nombre de Alianza de la Juventud por Alianza Libertadora) bajo el lema «Marcha de la neutralidad»: una juventud entusiasta colmó la avenida Santa Fe y la plaza San Martín superando los actos que con el lema «Por la democracia contra el totalitarismo», a la misma hora —pero en diferentes trayectos—, hacía el partido socialista (que acababa de ganar las elecciones en la capital) con, la CGT socialista y un Frente Popular aparentemente estudiantil.

Sin embargo, los intelectuales del nacionalismo no se mostraban complacidos con la «neutralidad de Castillo» (¿cuándo habrían de estarlo!). Desde luego que ningún civil estaba interiorizado del planteo de octubre, y tanto los nacionalistas como los liberales atribuían el gesto exclusivamente al presidente. *Nueva Política* protestaba por «la semibeligierancia de la no beligerancia» otorgada a simple título de compartir el mismo hemisferio a un país que «histórica, racial, geográfica y culturalmente» era nuestro oponente y había demostrado —antes y ahora— sus propósitos agresivos. Pero consideraba, por lo menos, que en Río de Janeiro

.. Lo peor (la humillación) no ha sucedido. La Argentina mostró un pellejo de nación y salvó su decoro. No vale la pena negar que, acostumbrados desde hace tiempo a lo peor, sentimos hoy como una sensación de alivio.» Consideraba a Castillo «lo mejor de lo peor» (lo peor era el régimen) 26.

*Forja*, inspirándose en su yrigoyenismo, bregaba desde 1939 y reafirmaba en 1941 «la neutralidad de la República conforme a la política y doctrina del radicalismo según fue concebido, no como partido político, sino como unión civil de los argentinos para realizar radicalmente la nación»<sup>27</sup>, y no retaceó como los demás nacionalismos la posición de Río de Janeiro, tal vez por su mayor sentido de la realidad, que lo hacía comprender que el arte de la política tiene más de opción que de decisión.

El eternamente disconforme Rodolfo Irazusta, desde *Nuevo Orden*, consideró a la neutralidad como «el cumplimiento de un plan de Inglaterra para mantener a nuestro país exclusivamente a su servicio».

«A ellos (los ingleses) no les conviene que nuestro país participe en los gastos generales de la guerra, sino en los gastos domésticos de Inglaterra. A ellos no les conviene el desquicio que acarrea una economía interior de guerra; a ellos no les conviene que las finanzas argentinas sean arrastradas a la inflación norteamericana... La neutralidad que mantiene nuestro Gobierno no es entre dos bandos beligerantes, sino entre las dos grandes potencias anglosajonas, entre el mesianismo yanqui, al cual otorga el privilegio de no beligerancia, y el interés británico al cual brinda todo género de garantías»<sup>28</sup>.

<sup>25</sup> Un ejemplo: Cuando Manuel Gálvez preparaba su libro sobre Rosas, encontró entre los *santos* de la campaña del desierto un verso que le pareció de gran belleza: «*Humilde soledad I Verde /y sonora.*» Como no sabía de quién era, consultó a Arturo Marasso, «la primera autoridad entre nosotros en eso de averiguar las fuentes y parentescos, aun los más remotos y sutiles de cada idea política», diciendo que lo encontró en unos papeles del Buenos Aires de 1833. Marasso, al no conocer ese verso, lo tomó por original. «¿Quién pudo haber escrito tan admirable línea lírica en el Buenos Aires de aquellos años? Nace de un puro temperamento lírico, se presiente al impresionismo.» Basado del peritaje, Gálvez da a Rosas como autor. Pasan dos años y Marasso encuentra en 1942 que los versos son de Quevedo: «rectifica lo escrito a Gálvez con una carta de *La Nación*, que el diario comenta dejando a Rosas como un plagiarlo. *El Pampero* publica esa tarde una caricatura de Mitre que acaba de componer su «rima»: *Vals ufano I brota del piano I dame la mano I ven a bailar*, con título «Lápida», y este comentario: «En *La Nación* de hoy Marasso encuentra que unos versos que Gálvez atribuye a Rosas, son de Quevedo. Lo que no podrán encontrar jamás *La Nación*, Marasso ni Gálvez es que los versos de Mitre no son de Mitre.»

Por «ofensa a los próceres», Culaciati suspendió tres días a *El Pampero*.

<sup>26</sup> *Nueva Política*, n.º 19. Marcelo Sánchez Sorondo, autor de este editorial, lo reproduce en *La Revolución que anunciamos* (Ed. Nueva Política, Buenos Aires, 1945), p. 172, con el título «Hispanoamérica o South América».

<sup>27</sup> Declaración de octubre de 1941, ratificada después de la conferencia de Río.

<sup>28</sup> *Nuevo Orden*, 2-1V-1942. Era un abuso de la «llave inglesa» que Irazusta aplicaba desde la *Argentina v el imperialismo británico* a todos los actos políticos argentinos. Pero Inglaterra ya había dejado de ser el imperialismo que descubrió en su libro de 1933. Evidentemente, la «solidaridad continental» de la Argentina con los Estados Unidos no era una política británica; pero en 1942 tenía necesariamente que ir a la zaga de los nuevos dueños del mundo. Sir David Kelly, el embajador inglés en Buenos Aires, cuenta en *The ruling few* («La minoría gobernante») su poco gusto de plegarse a las yancadas de Cordell Hull, pero se encontraba en la imposibilidad de hacer otra cosa; y Churchill —en 1943— se lamentaba en los Comunes de «que en estos tiempos de prueba los argentinos no se decidan a apoyarnos».

Algunos historiadores suponen que la neutralidad convenía a Inglaterra para mantener su tráfico de alimentos con nosotros.

En nada la beneficiaba, por lo contrario. La mayor parte del transporte se hacía bajo bandera inglesa y los submarinos alemanes no dejarían de echarlo a pique porque la carga fuese, o hubiese sido, argentina. Y los contados buquecillos argentinos estarían mejor resguardados si el belicismo de nuestro país los obligase al convoyaje.

## Elecciones nacionales (1 de marzo de 1942)

Eco de ese estado fueron las elecciones nacionales del 1 de marzo. Si en Buenos Aires y Santa Fe el fraude —menguante— se mantuvo, lo que pasó en aquellos donde el voto fue limpio resultó revelador.

Los radicales, que en 1940 ganaron la capital por considerable diferencia, perdieron contra los socialistas por 17.000 votos; hubo muchos sufragios para la Concordancia (que hicieron la campaña con la efigie de Castillo para ganar sufragios) y también muchos votos en blanco.

Los de *Nueva Política*, firmes en su repudio popular, sólo comprendieron que «el electorado, el anormal electorado libre del país, ante el asombro del oficialismo empieza a comprender que no tiene por qué ser radical»<sup>29</sup>.

En Tucumán, gobernada por los radicales concurrencistas, «las elecciones son tan inverosímiles que constituyen un verdadero milagro laico»; se asombra Marcelo Sánchez Sorondo<sup>30</sup> porque el radicalismo llegó tercero, sobrepasado por los conservadores y la Bandera Blanca. «Carece de asidero pretender que la mayoría tucumana ha votado por la no beligerancia neutralista —dice *Nueva Política*, negándose a creer en la popularidad de Castillo—. Para sacar a los tucumanos de sus casillas tucumanas hubiera sido menester una política mucho más definida, mucho más segura, mucho más exigente, y casi diríamos mucho más llamativa (una política, en fin, de unidad nacional, con caudillo nacional) que esta rumbeadora tímida testarudez, que este querer disimular, y disimular querer, propios del doctor Castillo»<sup>31</sup>. Pero el hecho cierto es que los tucumanos votaron por el partido de Castillo, repudiado hasta la extenuación en comicios anteriores.

Algo igual pasó en Entre Ríos, tradicionalmente radical, que dio un inesperado triunfo a los conservadores (que también hicieron la campaña en nombre de la neutralidad y con la efigie de Castillo); lo mismo en Salta, donde los radicales rupturistas ni siquiera alcanzaron la minoría sobrepasados por una lista disidente; en Mendoza, Santiago, Corrientes, San Luis y Jujuy ganaron holgadamente los *concordancistas* sin necesidad de fraude. Si lo hubo en Santa Fe, no se lo denunció.

«Había ocurrido un desastre —dice el radical Félix Luna—. Había caído el dogma irrefutable de la mayoría radical»<sup>31</sup>, atribuyendo la derrota a la descomposición del radicalismo, sin mencionar el arrastre electoral de una política de neutralidad.

«La derrota y muerte del partido radical es la publicidad a voces de un difundido secreto. Hace tiempo que los radicales son los pobres radicales; las pobres e infelices viudas de Yrigoyen que, meneando crespones, consiguieron tiernos y populares favores para ponerlos a los pies del régimen»<sup>32</sup>.

Si los nacionalistas acabaron por darse cuenta del prestigio que la defensa de la soberanía daba a Castillo, no dejaron de considerarlo como un «hombre del régimen», con todos los defectos del sistema, aunque más honrado y patriota que sus congéneres. La «gran revolución» sólo llegaría con hombres de sus filas; algún general adusto y enérgico quizá; y este catamarqueño ladino, maestro en agachadas y disimulos, no era la imagen que se habían forjado de un conductor.

El 23 de marzo de 1942, la revista norteamericana *Time* descubría que había dos Argentinas por el «hecho evidente y paradójico de que el presidente Castillo, rechazado por la opinión sensata y la casi totalidad de la prensa argentina, había recibido apoyo de la mayoría para su xenofóbica política exterior».

<sup>29</sup> *Nueva Política*, n.º 21 (mayo de 1942).

<sup>30</sup> *Ibidem*.

<sup>31</sup> F. Luna, *Alvear*. p. 290. Fueron las últimas elecciones dirigidas por Alvear. El ex presidente moriría el 23 de marzo de 1942.

<sup>32</sup> *Nueva Política*, n.º 20 (mayo 1942).

## Castillo, presidente efectivo (27 de junio). La cena de camaradería (7 de julio)

La larga agonía de Ortiz llegó al grado crítico a mediados de junio. El 24 mandó su renuncia al Congreso; la Asamblea la aceptó el 27; fallecería poco después (15 de julio).

Como presidente efectivo, Castillo presidió la cena de las Fuerzas Armadas el 7 de julio.

Una ovación como nunca recibió un presidente en ese tipo de reuniones, con «aplausos verdaderamente atronadores», dice *La Nación* y acepta *La Prensa*, «largamente sostenidos», saludó su presencia. Hablaba por primera vez como titular «y había firmeza en sus palabras»<sup>33</sup>, dice *Nueva Política*. Con astutas citas de Roosevelt y Mitre defendió la neutralidad («a mañero y discreto nadie le gana al hijo de tierra adentro», acotaría la publicación nacionalista). Llamó «la mejor del mundo» a la Constitución del cincuenta y tres, que los nacionalistas aceptaron «porque si el doctor Castillo pescase demasiado las cosas del nuevo orden acaso no sería el hombre que es». Denunció a «quienes se adelantan a provocar conflictos» que los concurrentes entendieron como una referencia a Justo y a su grupo de generales que estaban en contacto con los países vecinos, a quienes Estados Unidos facilitaba armamentos.

<sup>33</sup> Nueva Política, n.º 24 (agosto de 1942).

## Comprar armas en Alemania

Como los *gifts* a Brasil eran alarmantes y los Estados Unidos se negaban a vender armas a la Argentina, la compra de armas debería hacerse en otra parte, ya que las Fabricaciones Militares de Savio no podían proveerlas todavía. Comprarlas en otra parte quería decir comprarlas en Alemania.

El trámite debía llevarse con discreción. Previo a un pedido argentino (que los informantes norteamericanos no tardarían en enterarse), debería saberse si Alemania estaba en condiciones de proveerlas. El 24 de marzo de 1942, Meynen, encargado de Negocios alemán, pide instrucciones a Berlín<sup>34</sup>, pero allí entienden que la solicitud argentina era previa. El general Domingo Martínez, jefe de Policía, habla con Meynen de la manera de hacerse los embarques; dice obrar «de propia iniciativa», pero Meynen sabía que era a pedido del presidente, quien —según Martínez— «estaba muy preocupado por el sesgo de las relaciones con Brasil y la posibilidad de afrontar un ultimátum de Estados Unidos». Para ese caso la Argentina tenía un buen Ejército y condiciones geográficas favorables para la defensa, pero necesitaba armas... Estaba dispuesta a resistir..., aunque debiese unirse francamente a las fuerzas del Eje»<sup>35</sup>. Se habló que el transporte podía hacerse en buques argentinos que tocasen puertos neutrales de España o Suecia.

La llegada a Buenos Aires de una misión española, presidida por Eduardo Aunós, para un tratado comercial dará visos de factibilidad a la operación. Aunós llegó a un acuerdo secreto para camuflar como españolas las armas alemanas y traerlas en buques de aquella bandera. Aunque todavía no puede hablarse de un pedido oficial, Meynen lo informa a Berlín el 16 de agosto.

«El Gobierno teme que Estados Unidos, ante la oposición de la Argentina, adopte medidas de fuerza; por ejemplo, a pretexto de una amenaza del Eje, la ocupación de comodoro Rivadavia...

»De acuerdo con la opinión de Castillo y sus asesores, el rearme de la Argentina debe realizarse muy pronto porque la campaña electoral para la nueva presidencia empezará en enero / febrero del año próximo. El Gobierno posee información que Estados Unidos, Brasil y Uruguay apoyarán la candidatura del general Justo (cuyo triunfo sería extremadamente perjudicial para nosotros). Si el Gobierno se viese obligado a organizar otra fórmula presidencial, sería necesario considerar la posibilidad de una provocación de Brasil y Uruguay y la Argentina no debe afrontar desarmada esa eventualidad»<sup>36</sup>

La entrada en guerra de Brasil el 22 de agosto, decidió al Gobierno a arriesgarse a la compra de armas. Aunque Brasil fue declarado «no beligerante» y se le acordaron «las facilidades inherentes a la defensa de sus intereses», el mismo 22 el ministro de Marina llamó al agregado naval alemán para preguntarle si Alemania «quería y podía» vender equipos militares, «específicamente submarinos, aviones, armas antiaéreas y municiones de todas clases»<sup>37</sup>. Meynen no estaba en condiciones de responder; se convino que en caso afirmativo las ulteriores negociaciones serían arregladas en Madrid, a donde irían un almirante y el general Pedro Ramírez, comandante de la Caballería.

Aunós se volvió a España en la creencia de que los militares argentinos lo seguirían en breve. Pero la negociación no podía hacerse mientras Tonazzi estuviese en el Ministerio de Guerra (que según Castillo era «lo mismo que si el propio general Justo estuviese allí») <sup>38</sup>. El ministro se agarraba a la cartera como una lapa, aguantando que el presidente mandase al canasto sus propuestas y fuera voz pública que le había elegido por sucesor al general Ramírez.

No hubo compra de armas en Alemania. La resistencia de Leningrado (desde septiembre de 1940) y el fracaso ante Moscú dejaban suponer que tampoco caería Stalingrado (sitiada desde el 1 de septiembre de 1942). Finalmente, la derrota de Rommel en *El Alamein* (3 a 12 de noviembre) demostró que la buena estrella de Hitler había concluido.

El alto mando alemán no podía disponer de material bélico para vender en la Argentina. La Cancillería de Berlín aconsejó a Meynen disimular diplomáticamente la imposibilidad «dando largas a las negociaciones» <sup>39</sup>.

<sup>34</sup> Repr. por Potásh, o.c., p. 240, de los originales alemanes que están en Washington.

<sup>35</sup> *Ibídem*.

<sup>36</sup> *Ibídem*, p. 243.

<sup>37</sup> *Ibídem*, p. 249.

<sup>38</sup> *Ibídem*, p. 251.

<sup>39</sup> *Ibídem*, pp. 251 y ss.

## El «plebiscito de la paz» (septiembre de 1942)

Para apuntalar la neutralidad ante los embates de Estados Unidos, con eco en los diarios «serios» y círculos políticos, sociales e intelectuales, surgió la idea de un «plebiscito de la paz» para demostrar dónde se inclinaba la opinión.

Se recogieron firmas en todo el país. Fue una tarea que demandó seis meses, de marzo a agosto. Colaboraron los Gobiernos provinciales, el Ejército, la Iglesia, y aun entidades deportivas (y desde luego, la Embajada alemana) <sup>40</sup>. Hubo oposición de las universidades (dirigidas por liberales) y de las empresas inglesas de ferrocarriles, que no permitieron propaganda en las estaciones.

Se vio a mucha gente haciendo fila ante las mesas y oficinas habilitadas en la recolección de firmas; parcialmente se daban informes por avisos en los diarios del número y calidad de los firmantes. En uno, publicado en mayo, figuraban seis arzobispos y quince obispos.

A fines de agosto se anunció que las firmas se acercaban al millón. El «plebiscito» fue entregado a Castillo en los primeros días de septiembre por Carlos Astrada, Mario Molina Pico, Lizardo Zía y Homero Cuglielmini, conocidos nacionalistas.

*El Pampero* y *Cabildo* (matutino nacionalista dirigido por Lautaro Durañona y Vedia) dieron realce a la ceremonia.

No tanto los otros diarios: *La Prensa* la relega a una página interior y no menciona el número de firmas.

Castillo dijo a los comisionados algunas palabras que recoge Carlos Ibarguren en *La historia que he vivido*:

«Que era muy conveniente hacer una explicación clara del alcance de la fórmula argentina probada en Río para llevar al público el verdadero sentido de su política internacional (...). Salvamos el principio de la soberanía y la dignidad de cada nación americana, pues únicamente el propio Estado puede juzgar sobre la conveniencia de decidir sus propios destinos. La situación,

como ustedes recuerdan, fue muy grave porque si ese principio argentino no hubiese sido aceptado nuestro país se hubiera retirado de la Conferencia (...). No se puede negar que la situación se hace cada día más crítica con la presión norteamericana, que hora tras hora aumenta su fuerza (...); creo que nos van a seguir aplicando el torniquete; vamos a tener que luchar cada día con más dificultades. Este asunto me apasiona, y es mi convicción que el nudo de este problema consiste en una cuestión de dignidad personal. Los demás países americanos han perdido la libertad de contratar y han dejado de ser países libres. Para hacer cualquier transacción tienen que consultar a los Estados Unidos y a Inglaterra. Somos en la actualidad, con Chile, los únicos países libres de la América del Sur. Yo seguiré firme en mi posición, y únicamente cuando vea la boca de los cañones yanquis en el puerto, después de haber sido hundida nuestra escuadra, recién entonces diré que no nos queda nada que hacer. Pero no creo en eso»<sup>41</sup>.

«El presidente, doctor Castillo, no es ni ha sido abogado de grandes empresas extranjeras ni se le conocen ningún tipo de relaciones con las mismas —dice Schillizzi Moreno—. Es un genuino conservador de tierra adentro; reaccionario, sí, pero terco y violentamente enraizado con su nativa criolla tierra. Hay mucho de personal —como lo fue en la primera guerra mundial bajo el señor Yrigoyen— en ese enfrentamiento con la más grande potencia del orbe en defensa de la autodeterminación y del interés nacional argentino. Y entonces el choque entre esa terca voluntad —coincidente con el interés nacional— y los propósitos hegemónicos de los Estados Unidos (...) nutrirán el conflicto con esas facetas ásperas que constantemente agravan las relaciones entre ambas naciones. Más allá de las fundamentales cuestiones en juego, el doctor Castillo hace de la defensa de la neutralidad una cuestión personal íntimamente ligada a la dignidad del cargo que inviste. Con él las presiones estarán totalmente fuera de lugar»<sup>42</sup>.

<sup>40</sup> Se supo al conocerse (finalizada la guerra) los informes de Meynen. Para distribuir equitativa justicia debería saberse el destino de los fondos del agregado Cultural de Estados Unidos.

Potash descarta que muchas firmas no serían auténticas. Suele ocurrir en estos casos; los historiadores han encontrado firmas apócrifas en el petitorio del 25 de mayo de 1810,10 que no es cargo contra su popularidad.

<sup>41</sup> C. Ibarguren las reproduce en *La historia que he vivido*.

<sup>42</sup> H. A. Schillizzi Moreno, *Argentina contemporánea. Fraude v entrega*, t. 11, pp. 362-363.